

La noción de intertextualidad en Kristeva y Barthes

*¿Nunca os ha sucedido, leyendo un libro,
que os habéis ido parando
continuamente a lo largo de la lectura,
y no por desinterés, sino al contrario,
a causa de una gran afluencia de ideas,
de excitaciones, de asociaciones?
En una palabra, ¿no os ha pasado
nunca eso de leer levantando la cabeza?*

R. Barthes, *El susurro del lenguaje*

Abstract. *This paper deals with the notion of intertextuality, in two relevant authors: Roland Barthes and Julia Kristeva. Kristeva was the first to introduce this notion, which has had a lot of influence in the analysis of different cultural manifestations: literature, films, politics, science, philosophy, etc. Roland Barthes has made a very proper use of this word, integrating it in his analytical and critical work. Nevertheless, through the years the notion of intertextuality has had different developments, and nowadays it is not possible an unified use of this term. Barthes and Kristeva have in common a similar use of intertextuality, taken in a broad sense.*

Resumen. *Este trabajo interroga la noción de intertextualidad, fundamentalmente en dos autores relevantes: Roland Barthes y Julia Kristeva. Kristeva fue la primera en introducir esta noción que ha tenido una gran influencia en el análisis de distintas manifestaciones culturales: literatura, cine, política, ciencia, filosofía, etc. Por su parte, Roland Barthes ha hecho un uso muy propio de esta palabra, integrándola a su*

trabajo analítico y crítico. No obstante, a través de los años la noción de intertextualidad ha tenido desarrollos diversos, y hoy en día no es posible un uso unificado de este término. Barthes y Kristeva comparten un uso similar de la intertextualidad, tomada en su sentido amplio.

I. Preliminares

El término *intertextual* hace referencia a una relación de *reciprocidad* entre los textos, es decir, a una relación *entre-ellos*, en un espacio que trasciende el texto como unidad cerrada. Asimismo, en tanto este adjetivo se sustantiva, es decir, se convierte en *intertextualidad*, la resonancia semántica es la de una cualidad, al tiempo que un grado de abstracción. Podríamos hablar, pues, de *intertextual*, *intertextualidad*, e incluso de *intertextar*, todos estos términos gravitando sobre el *intertexto* como nuevo campo metodológico.¹

Laxamente hablando, la teoría de la intertextualidad se refiere a una idea general: en la comunicación, en la transmisión de los saberes y los

poderes, de los textos, no existe *tabula rasa*; el campo en el que un texto se escribe es un campo *ya-escrito*, esto es, un campo estructurado –pero también de estructuración– y de *inscripción*. Desde esta óptica, todo texto sería una reacción a textos precedentes, y éstos, a su vez, a otros textos, en un *regressus ad infinitum*.

A una teoría de la intertextualidad debe ser, entonces, concomitante una teoría de la lectura, una *nueva teoría de la lectura*. Según la teoría de la intertextualidad –ya veremos que no es posible hablar de la intertextualidad en bloque, por lo que habrá que distinguir por lo menos dos grandes tendencias– la lectura no es un acto ingenuo, una correspondencia entre palabras y cosas, el paso de la letra leída a la cosa referida.² Sin embargo, esta *suspensión o puesta entre paréntesis* de los referentes, sean reales o imaginarios, ha conducido también a lo que Ricoeur llama la ideología del texto absoluto.³ Para Ricoeur, el momento semiológico, *el momento de las diferencias*, es sólo una instancia del análisis, la condición de posibilidad de la lectura en tanto *mecanismo*. Según él, todo acto de lectura tiende hacia una comprensión, y hacia el establecimiento de referentes, reales o imaginarios, pero referentes al fin y al cabo. El habla, y más específicamente en nuestro caso el *texto*, estarían movidos por una voluntad de decir. Todo acto lingüístico tiene como objetivo el *decir algo a alguien*; en suma, el deseo de significar. El olvido de la dimensión semántica de todo hecho de lenguaje (el discurso y el texto fundamentalmente, el primero como una actualización de la palabra, y el segundo como discurso fijado por la escritura) resultaría en un empobrecimiento significativo. La labor de la hermenéutica es, entonces, la de preocuparse por los significados, integrando el análisis inmanente, semiológico, pero trascendiéndolo, hacia el mundo y hacia la comunidad de sujetos (comunicación y comprensión).

II. Roland Barthes y el intertexto universal

En *S/Z*, señala Barthes que todo *ha sido leído ya*. Para Barthes todo texto es una “cámara de ecos”.⁴ Ser una “cámara de ecos” es, precisa-

mente, ser la caja de resonancia de diversos discursos, sin estar en la obligación de asumir con maestría ninguno de ellos. Es más, instalarse pétreo y monológicamente en un discurso es una actitud desde todo punto indeseable, pues constriñe el despliegue de la productividad textual. La intertextualidad es precisamente la imposibilidad de asumir ningún texto con maestría.

En Barthes, este desprendimiento, aparte de razones teóricas, tiene una justificación muy personal, un suelo muy humoral: como él dice, no se puede a la vez desear y profundizar una palabra.

Como ya lo anotamos, la noción de intertextualidad tiende a disolver, asimismo, la concepción del texto como unidad cerrada y autosuficiente, idéntica a sí misma. El texto no existe por sí mismo, sino en cuanto forma parte de otros textos, en tanto es el *entrettexto* de otros textos. En este punto, citamos a Barthes:

*La intertextualidad en la que está inserto todo texto, ya que él mismo es el entrettexto de otro texto, no debe confundirse con ningún origen del texto: buscar las ‘fuentes’, las ‘influencias’ de una obra es satisfacer el mito de la filiación; las citas que forman un texto son anónimas, ilocalizables y, no obstante, ya leídas antes: son citas sin entrecomillado.*⁵

El texto, y la escritura –que es la mejor manera de *ponerlo en escena*, de desplegarlo en todo su poderío simbólico–, es la negación de todo origen. No existe un *texto primero*, pues tal cosa supondría el lenguaje como materia previa (*prima*), virgen, no desflorada por el uso ni transformada por el volumen de las escrituras, por la Historia de la escritura (la escritura como historia). El lenguaje es ya, de por sí, un tejido polifónico de voces múltiples, de lugares plurales, que en el *maremágnum* de los signos, gestos y pulsaciones significantes, pierden su origen e incluso su significación, que resulta más un efecto pasajero que un punto de partida.

No sólo todos los textos anteriores forman parte del intertexto latente de todo texto, sino también el conjunto de los códigos y sistemas que operan esos textos, es decir, su dimensión estructural y estructurante. Si bien la intertextualidad no ha de enfocarse en un sentido restrictivo, como podría ser la investigación de “fuentes” e “influencias”, pues esto sería alimentar el *mito de*

la filiación, sino más bien como la inserción de todo texto en un espacio cultural del que toma los códigos de significación, las prácticas de sentido que le dan fundamento a esa cultura,⁶ se critica esta concepción demasiado amplia de la intertextualidad en tanto no provee conceptos operativos apropiados para el análisis concreto de los textos. A este respecto, señala Manfred Pfister:

Lo déjà lu (¡aquí se ha de sobrentender el ensanchamiento del concepto de 'lectura', característico de Barthes!), que en su totalidad global da el horizonte de la producción y la recepción del texto, se condensa precisamente en referencias acentuadas [pointierten] a otros textos y sistemas de textos y sólo en estas ha de ser atrapado analíticamente. En todo caso, la propuesta propia de Culler, que presenta la estructura de implicaciones universal como un conjunto de presuposiciones lógicas y pragmáticas, no resuelve este dilema.⁷

Sin embargo, el deseo de estrechar la noción de intertextualidad puede ser enfocado como una tendencia a disminuir las implicaciones radicales y subversivas que la concepción postestructuralista de la intertextualidad —como la bartheana— tienen en la lectura y el análisis de textos, así como una tendencia a asegurar la unidad de la obra literaria, e incluso el coto que se suele tender alrededor de los feudos teóricos que tienen como objetivo dicho análisis. Lo que estaría de fondo en todo esto, según nos parece, es el querer situar todavía el origen de los textos, en suma, mantener un principio, aunque expandido, de filiación e identificación. No obstante, es preciso recalcar que el mito de la filiación no sólo hace referencia al señalamiento del autor en tanto persona psicológica, o de la obra en cuanto producto institucionalmente reconocido, sino también —y quizá más importante aún— al lenguaje en cuanto se desearía asignarle un punto de apoyo inamovible y seguro en el origen de la cadena significativa.

Según la exposición que hace M. Pfister de las distintas concepciones en torno a la intertextualidad,⁸ habría en lo esencial dos concepciones rivales: a) *el modelo global del postestructuralismo*, en el que todo texto aparecería como parte de un intertexto universal, y b) *modelos estructuralistas y hermenéuticos más precisos*, en los que el modelo de la intertextualidad sería restringido a referencias conscientes e intencionadas. Ambos

modelos tendrían un alcance explicativo y cognitivo particulares, así como sus propios supuestos en teoría del lenguaje, teoría del texto y del conocimiento. Al respecto señala Pfister:

Para el análisis y la interpretación del texto, el modelo más fructífero es, seguramente, el más estrecho y más preciso, porque puede ser trasladado a categorías y procedimientos analíticos operacionalizados, mientras que el modelo más amplio es de mayor alcance teoricoliterario, y ello aun cuando uno no quiera saber nada de sus implicaciones desconstruccionistas radicales —reducción del signo al significante, disolución de texto y sujeto.⁹

Sin embargo, nosotros discutimos la creencia de que un concepto operacionalizado de la intertextualidad sea “más fructífero” que uno más amplio y, aparentemente, más difuso. Operacionalizar un concepto es ya de algún modo ponerle una camisa de fuerza, además de que se corre el peligro de *estructurar demasiado* el texto a estudiar.¹⁰ Esto contradice cierta concepción de la teoría del texto y de la semiótica como procesos en marcha, como constantes reflexiones sobre sus propios fundamentos, y los modelos que modelan, valga el pleonismo. Además, podría objetarse que el término “operacionalización” hace referencia al ideal de *medición y control* de la ciencia positiva; la intertextualidad no sería un proceso susceptible de ser medido, pues, ¿esto no estaría reavivando el mito humanista de un sujeto autónomo que controla un proceso? La noción de intertextualidad formaría parte de un campo epistemológico muy distinto del de la observación o la medición. Lo que está en juego en la concepción bartheana de la intertextualidad es el despliegue de una diferencia irreductible a sí misma, es decir, dinámica y vacía.¹¹

Por esto, desde la perspectiva del concepto de intertextualidad como intertexto universal, preguntarse por las intenciones del autor, su formación, conocimientos, los ideales comunicativos que depositó en el texto que escribió, así como la formación e información previas del lector, sus limitantes, etc., son irrelevantes, pues en el proceso de lectura-escritura lo que está en juego no son subjetividades conscientes y plenamente constituidas, sino procesos dentro de los cuales estos sujetos son ya filtros intertextuales y cristalizaciones de sentidos posibles. Si se puede hablar

de lecturas mejores o peores, no será tomando como criterio la formación del individuo, su "bagaje cultural" de manera *a priori*, sino en tanto estos conocimientos previos, al estar insertos en el interior de una cultura y, por ende, determinados por un marco cultural dado (códigos, lenguajes, estereotipos, etc.) facilitarán, o bien entorpecerán, una lectura productiva y abierta; en el mismo sentido influirán las peculiaridades psíquicas de los sujetos. Así vemos, pues, que esta dislocación de los lugares y las funciones de los sujetos en el circuito textual hace imposible apelar a un criterio de autoridad para sustentar ninguna lectura o teoría. El valor de una lectura está por verse; por eso Barthes señalaba que el nuevo valor de la lectura es lo *escribible* frente a lo *legible*.¹² Además la escritura, como *destrucción de toda voz*, hace de la lectura —de manera patente en el texto moderno, *escribible*— un proceso *indecidible*, es decir, incapaz de señalarse de manera definitiva y unívoca su pertinencia y corrección.

Los lugares asignados tradicional y canónicamente tanto al autor como al lector, son trastocados y puestos en movilidad. Es el texto en tanto campo metodológico el que hace entrar a ambos personajes¹³ en un campo infinito para el juego estructural; para Barthes, la intertextualidad aparece como un modo de leer sin obligación ni sanción, porque precisamente hay una *circULARIDAD infinita de los lenguajes*. El autor se hace presente en su obra como un invitado más; de igual forma, la participación del lector en lo que lee no debe ser proyectiva (imaginaria), buscando su propia imagen y la consumación de sus expectativas en el texto, sino *escenificando una pérdida*.

Las concepciones postestructuralistas de la intertextualidad parten más del lector que del autor, es decir de la recepción textual. La *muerte del Autor* tiene como consecuencia el nacimiento y la liberación del lector de los amarres que le imponía la instrucción formal, así como de los criterios de la crítica tradicional, que Barthes llama universitaria, dominada, o bien por la crítica biográfica que busca en la obra la realización de las intenciones del autor (prefreudiana), o bien por un burdo sociologismo o historicismo que concibiese la relación entre sociedad-escritor-obra como un *continuum*, siendo el escritor el que haría pasar, pero sin descomponerlo —a lo

más revelando una contradicción, de clase por ejemplo— el reflejo de la sociedad de su época.

El texto es concebido por Barthes como un tejido de citas provenientes de los mil focos de la cultura. Según él, la unidad de un texto no residiría en su origen sino en su destinación. Pero esa destinación, el lector, no es un *yo macizo*, idéntico a sí mismo, sino un *yo disuelto* en una pluralidad infinita de referencias intertextuales. Sobre la naturaleza de este *yo*, señala Barthes:

*(...) yo no es un sujeto inocente, anterior al texto, que lo use luego como un objeto por desmontar o un lugar por invertir. Ese 'yo' que se aproxima al texto es ya una pluralidad de otros textos, de códigos infinitos, o más exactamente perdidos (cuyo origen se pierde).*¹⁴

Por último, citamos lo que nos dice Barthes sobre la intertextualidad en un artículo publicado en la *Enciclopedia de la Pléyade*:

*La intertextualidad, condición de todo texto cualquiera que sea, no se reduce evidentemente a un problema de fuentes o de influencias. El intertexto es un campo general de fórmulas anónimas cuyo origen raramente es identificado, de citas inconscientes o automáticas, dadas sin comillas. Epistemológicamente, el concepto de intertexto es lo que aporta a la teoría del texto el volumen de la socialidad: es todo el lenguaje, anterior y contemporáneo, que llega al texto no según la vía de una filiación identificable, de una imitación voluntaria, sino según la vía de diseminación (imagen que asegura al texto el estatuto no de una reproducción, sino de una productividad).*¹⁵

Estas afirmaciones nos conectan de lleno con los desarrollos teóricos de Kristeva sobre la intertextualidad. De esta cita sólo destaquemos por el momento la importancia y el volumen de *socialidad* que arrastra el texto entendido como producción. A este respecto, *ideologema* y *productividad*, dos conceptos caros a Kristeva, son palabras clave.

III. Julia Kristeva: hacia un modelo productivo del texto

La primera en utilizar la noción de intertextualidad fue la teórica búlgaro-francesa Julia

Kristeva. Esta noción aparece en un texto titulado *Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela*, a propósito de dos libros de Mijaíl Bajtín (1895-1975), uno de ellos sobre problemas de la poética de Dostoievski. Es en este texto donde Kristeva introduce por primera vez la noción en cuestión, al señalar que:

(...) todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto. En lugar de la noción de intersubjetividad se instala la de intertextualidad, y el lenguaje poético se lee, al menos, como doble.¹⁶

Según Mijaíl Bajtín, la principal característica de las novelas de Dostoievski es la pluralidad de voces independientes e inconfundibles que llenan sus páginas. Bajtín califica las novelas de Dostoievski de *polifónicas*.¹⁷ Las voces plurales interactúan, pero ninguna llega a ser objeto de la otra, los personajes de la novela representan una diferencia irreductible. *La polifonía es, pues, un principio de estructuración*. Bajtín también se refiere —metafóricamente— a este nuevo principio de estructuración como *contrapunto*.¹⁸ La polifonía se opondría, pues, a la novela monológica, es decir, aquella que subsume la pluralidad de voces bajo una voz común, bajo una unidad monológica. El enfrentamiento y la contraposición de voces no conduce a la unidad a través de una superación dialéctica. Al respecto señala Bajtín:

Si planteamos la pregunta acerca de las premisas y factores extraartísticos que hicieron posible la producción de una novela polifónica, en este caso tampoco es conveniente que nos dirijamos a los hechos subjetivos por más profundos que fuesen. Si la multiplicidad de planos y las contradicciones se le ofreciesen a Dostoievski o se le presentasen como un hecho de una vida particular, como un espíritu polifacético y contradictorio, suyo o ajeno, entonces Dostoievski habría sido un romántico y habría creado una novela monológica sobre el devenir contradictorio del espíritu humano que correspondería efectivamente a la concepción hegeliana. Pero en realidad Dostoievski sabía encontrar lo polifacético y lo contradictorio no en el espíritu, sino en el mundo social objetivo.¹⁹

Lo que constituía la totalidad última en la novela rusa y europea anterior a Dostoievski, el mundo monológico unitario de la conciencia del autor, en Dostoievski es sólo una parte. En su

novelística aparecen principios de combinación artística nuevos, una nueva manera de estructurar la totalidad.

El análisis textual practicado por Kristeva pretende servirse de un formalismo que sea isomorfo a la productividad literaria. Una semiótica literaria de este tipo tendería a superar los que se consideran defectos inherentes al estructuralismo: “el estatismo” y el “no historicismo”. Considera que tal formalismo no podría elaborarse más que a partir de dos metodologías:

- 1) *Las matemáticas y las metamatemáticas*, ya que, dada la libertad de sus notaciones, escapan a la lógica de la frase indoeuropea (sujeto-predicado).
- 2) *La lingüística generativa* (gramática y semántica), en tanto contempla la lengua como sistema dinámico de relaciones.

La aplicación de estos métodos a una semiótica del lenguaje poético exigiría una revisión de la concepción del texto literario. Con tal propósito, Kristeva adscribe a los principios enunciados por Saussure en sus *Anagramas*. Ellos son:

- a. El lenguaje poético ofrece una manera segunda de ser, ficticia, añadida, por decirlo así, al original de las palabras.
- b. Existe una correspondencia de los elementos entre sí, por pareja y por rima.
- c. Las leyes poéticas *binarias* llegan a transgredir las leyes de la gramática.
- d. Los elementos de la *palabra-tema*, inclusive una letra, se extenderían a todo lo largo del texto, o bien estarían acumulados en un pequeño espacio, como una palabra o dos, por ejemplo.

De esta concepción paragramática²⁰ del lenguaje poético se desprenden tres tesis principales:

- 1) El lenguaje poético es la única infinidad del código.
- 2) El texto literario es un doble: escritura-lectura.
- 3) El texto literario es una red de conexiones, no de entidades (sustancias).

Será fundamental también, para entender los trabajos de Julia Kristeva, así como del grupo *Tel Quel* con el que colaboró activamente, la noción de *práctica significativa*. Por práctica significativa se entenderá la constitución y la travesía de un sistema de signos. Sin embargo, la práctica significativa no debe ser entendida a la manera de una superestructura, reflejo de un modo de producción determinado, pues es incorrecto poner en *primera instancia* un modo de producción, para luego buscar las relaciones por las que ese modo engendra sus discursos. Se trata, por el contrario, de enfatizar la pertenencia *ínsita* de un modo de producción de signos al modo de producción del conjunto socioeconómico. Según el grupo *Tel Quel*, la escritura en su funcionamiento productor no se desempeña como una representación.

Es imprescindible referirse también a la concepción de la semiótica que subtiende los trabajos de Kristeva. En primer término, diremos que Kristeva tiende a distinguir entre lo semiótico y lo simbólico. Lo *semiótico* está asociado, en su trabajo, con lo maternal y lo femenino, con lo *pre-lingüístico*, el *pre-sentido* y lo *pre-edípico*, con el mundo pulsional, así como con lo rítmico en el lenguaje, las entonaciones, las transformaciones lexicales, sintácticas, retóricas, etc. Por su parte, lo *simbólico* vendría a ser el dominio del sistema, de la homogeneidad socio-simbólica, el ámbito de la Ley, el Padre y el signo. Estructura por un lado, y proceso infinito por otro. Sobre esta distinción, señala Kristeva:

*Llamaremos simbólico al funcionamiento lógico y sintáctico del lenguaje y lo que, en las prácticas translingüísticas es asimilable al sistema de la lengua. Semiótico será, por el contrario, por un lado lo que puede ser hipotéticamente propuesto como precediendo la imposición de lo simbólico a través del estadio de reflejo y la adquisición del lenguaje: el ordenamiento de las pulsiones en tanto fracturas psicósomáticas (...).*²¹

La semiótica como ciencia, tal como la concibe Kristeva, es una suerte de autoanálisis del discurso científico, la autoconciencia de la ciencia. Sólo puede hacerse, entonces, como crítica de sí misma; rompe con el teleologismo de una ciencia subordinada a un sistema filosófico y destinada a convertirse ella misma en sistema. Esta concepción dinámica de la semiótica es po-

sible gracias a la idea de práctica significativa que permea el trabajo kristeviano. Por ello, se trata más de una semiología de la productividad que de una de la comunicación, esto es, de los significados; una semiótica del trabajo y no del intercambio.

Esta apertura de la semiótica a la *significancia* es posible gracias al concepto de texto. El semanálisis kristeviano logra una apertura en los conceptos de signo y estructura, para desembocar en el espacio —el volumen— de la infinitud significativa. El semanálisis, cuyas resonancias psicoanalíticas son evidentes, está constituido también por una reflexión en torno al sujeto, donde éste será no un punto de partida, sino una producción, un engendramiento.

Relacionado con el trabajo del grupo *Tel Quel*, nos encontramos con la concepción del texto como productividad, en oposición a todo uso comunicativo o representativo del lenguaje, esto es, *reproductivo*. Es así como el semanálisis kristeviano tiende a considerar las prácticas significativas en su volumen de escritura, más allá del signo y la estructura lingüística, que funcionan como *pantalla* de este proceso significativo. No obstante, y ahí radica una de las paradojas de la semiótica, toda práctica significativa, por *translingüística* que sea, es decir, por más que trascienda las estructuras lingüísticas, gramaticales, lógicas, etc., sólo puede ser aprehendida a través del lenguaje en tanto estructura, es decir, nunca se dará a través de imágenes, sonidos, colores o ritmos. Dada esta determinación, ¿qué queda a la semiología si es que no desea reducirse a un discurso pobremente segundo, en fin, a un metalenguaje más? Según Kristeva, una nueva semiología exigiría una reflexión analítico-lingüística sobre el significativo que se produce en texto. Sobre esto, ampliamos con Kristeva:

*Analítico debe entenderse aquí en su sentido etimológico (αναλυσις) que designa una disolución de los conceptos y de las operaciones que representan en la actualidad la significación, una liberación que se apoyaría en el aparato del discurso actual que trata del significativo (psicoanálisis, filosofía, etc.) para despegarse de él y resolverse en una muerte —en un desvanecimiento de la superficie presente— ininterrumpida.*²²

Acá la negatividad de la pulsión de muerte tiene un papel más bien positivo en la disolución de las estructuras canónicas, así como en la operación de desmontaje del aparato conceptual que servía a la intelección de las prácticas significantes. Se trata, pues, de abrir el discurso a otro escenario, el escenario de la negatividad de lo inconsciente, de las pulsaciones semióticas.

Por *significancia* entenderá Kristeva "ese trabajo de diferenciación, estratificación y confrontación que se practica en la lengua, y deposita en la línea del sujeto hablante una cadena significativa comunicativa y gramaticalmente estructurada".²³ Dos conceptos íntimamente asociados al de significancia, así como fundamentales para entender su *modus operandi*, serán los de *fenotexto* y *genotexto*.²⁴

Por último, nos referiremos brevemente a la crítica kristeviana del signo. En primer lugar, habrá que decir que el signo juega, según Kristeva, el mismo papel que desempeña el fetiche mercantil o el dinero en la sociedad del intercambio. El signo, como concepto opuesto a la práctica, es decir entendido como el precipitado suyo, como el representante reificado de una práctica muerta, eclipsa el proceso productivo (el trabajo) que le hace posible, reducido a una moneda de cambio que hace entrar *lo otro* en el *mismo* del intercambio comunicacional. Se trata, en suma, de la medición de las distintas prácticas sociales significantes a través de idéntico tamiz. Aquí precisamente difieren Barthes y Kristeva, pues para el primero todas las prácticas semióticas vienen a ser reducibles al modelo lingüístico, ya que Barthes invierte el programa semiológico saussureano que subordinaba la lingüística, en tanto sistema particular de signos, a la semiología como ciencia general de éstos. Por el contrario, para Kristeva la semiótica no puede reducirse a las categorías lingüísticas, so pena de empobrecer las diversas manifestaciones que trascienden las categorías de la lengua. No obstante, en favor de Barthes hay que decir que su lingüística va más allá de la lingüística de los lingüistas.

Es importante anotar, además, que el semánalisis kristeviano²⁵ no deja de lado la historia, la historia como escritura, como volumen significativo, sino que la integra de manera decisiva en el texto de la cultura. A este respecto, la noción

de ideologema, que anunciamos anteriormente, es fundamental:

*El ideologema es una función intertextual que se puede leer "materializada" en los diferentes niveles de la estructura de cada texto, y que se extiende a todo lo largo de su trayecto dándole sus coordenadas históricas y sociales.*²⁶

El *ideologema*, como función intertextual, es decir, integradora y diseminadora, acoge la historia y la sociedad, lo social y lo histórico como texto. Dado esto, vemos que es del todo impreciso acusar a la intertextualidad de ser una noción reaccionaria que borre la materialidad histórica. El grupo *Tel Quel*, por ejemplo, se interesará de manera primordial en la reflexión política, en el materialismo histórico, así como en el papel revolucionario y transformador de la escritura. Por su parte, Barthes insistirá en reconocer la historia como una escritura, en reconocer una *historia de las formas*. Además, según Kristeva, el espacio textual posee tres dimensiones, a saber: el sujeto de la escritura, el destinatario y los textos exteriores. Es decir, existe una relación dialógica del sujeto con el lenguaje, con el otro y con el mundo extralingüístico. El ideologema es, entonces, la función que une las prácticas translingüísticas de una sociedad, condensando el *modo dominante de pensamiento*.

Por último, es preciso señalar que Kristeva sustituirá posteriormente la noción de intertextualidad por la de *transposición*.⁽²⁷⁾ La transposición es el pasaje de un sistema de signos a otro. De esta forma, toda práctica significativa sería un campo de transposiciones de diversas prácticas significantes. Una de las razones de este cambio fue el empleo abusivo y espurio del término, posterior a su aparición.

Notas

1. Sobre la diferencia entre Texto y obra, señala Barthes: "(...) la obra es un fragmento de sustancia, ocupa una porción del espacio de los libros (en una biblioteca, por ejemplo). El Texto, por su parte, es un campo metodológico (...) la obra se ve (en las librerías, los ficheros, los programas de examen), el texto se demuestra, es mencionado

- según determinadas reglas (o en contra de determinadas reglas); la obra se sostiene en la mano, el texto se sostiene en el lenguaje (...)” (“De la obra al texto”. *El susurro del lenguaje*, 2ª edición. Barcelona: Paidós, 1994, p. 75).
2. Desde el ámbito de la hermenéutica, Hans-Georg Gadamer nos dice a propósito de la lectura: “La estructura temporal del hablar y el leer representa un campo poco explorado. La imposibilidad de aplicar el esquema puro de la sucesión al habla y a la lectura salta a la vista considerando que de ese modo no se describe la lectura, sino el deletreo. El que tiene que deletrear para leer es incapaz de leer” (*Verdad y método II*, 2ª edición. Salamanca: Sígueme, 1994, p. 343). En otras palabras, la lectura no es un pasar de letra en letra, sino la desenvoltura de los códigos que conforman la red del texto, tal como la concibe Barthes. Para Barthes, toda lectura se hace sobre lo *ya-escrito*, que es también el espacio de lo *ya-leído*; toda lectura se enfrenta con un espesor de códigos previos que filtran contenidos culturales, por lo que ésta, más que un proceso lineal, es un despliegue en volumen de tales códigos.
 3. El “textualismo” sería, según Rorty, una de las líneas del llamado “postestructuralismo” o “antifundacionalismo”. Consistiría en la reducción del pensamiento y la filosofía a lo discursivo, en la negación de referentes extradiscursivos. El textualismo tiene que ver además con la reducción de la ciencia y la filosofía a géneros literarios. La defensa del texto absoluto se expresaría, por ejemplo, en esta frase de Derrida: “*Il n’y a pas de hors-texte*” (no hay fuera del texto) (Cf. Alex Callinicos, “Marxismo y postmodernidad”. En Picó, Josep (comp.). *Modernidad y postmodernidad*. Madrid: Alianza, 1990).
 4. Según Barthes, en relación con los sistemas que lo rodean, él es una *cámara de ecos*. Al respecto señala: “(...) las palabras se transportan, los sistemas se comunican, se prueba la modernidad (como se prueban todos los botones de un radio de la que se desconoce el funcionamiento), pero el intertexto que así se crea es a la letra *superficial*: adherimos a él *liberalmente*: el nombre (filosófico, psicoanalítico, político, científico) conserva con su sistema de origen un cordón que no ha sido cortado y que permanece: tenaz y flotante” (*Roland Barthes por Roland Barthes*, 2ª edición. Caracas: Monte Ávila Editores, 1997, p. 87).
 5. Barthes, *El susurro del lenguaje*. “De la obra al texto”. O.C., p. 78.
 6. “Esto es precisamente el intertexto: la imposibilidad de vivir fuera del texto infinito —no importa que ese texto sea Proust, o el diario, o la pantalla televisiva: el libro hace el sentido, el sentido hace la vida” (R. Barthes. *El placer del texto*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974, p.49).
 7. Pfister, Manfred. “Concepciones de la intertextualidad”. En *Criterios*, La Habana, No. 31, 1-6, 1994, p. 92.
 8. Entre los teóricos postestructuralistas (“panintertextualistas”) de la intertextualidad podemos citar a Barthes, Derrida, Jonathan Culler, Leitch, Charles Grivel, etc. Por otro lado, entre los que han tendido a reducir u “operacionalizar” tal noción, se cuenta a G. Genette, Bloom, Michael Riffaterre o Hempfer.
 9. Pfister, Manfred, “Concepciones de la intertextualidad”. O.C., p. 102.
 10. Barthes propone el comentario de texto *paso a paso*, no en grandes bloques. Sobre esto nos dice: “(...) comentar paso a paso es por fuerza renovar las entradas del texto, evitar estructurarlo *demasiado*, evitar darle ese suplemento de estructura que le vendría de una disertación y lo clausuraría: es esparcir el texto en lugar de recogerlo” (*S/Z*, 3ª edición. México: Siglo XXI, 1986, p. 9).
 11. En un intento de definición de la diferencia (différance), apunta Derrida: “En una conceptualidad y con exigencias clásicas, se diría que ‘diferencial’ designa la causalidad constituyente, productiva y originaria, el proceso de ruptura y de división cuyos diferentes y diferencias serían productos o efectos constituidos” (“La Différance”, *Márgenes de la filosofía*, 3ª edición. Madrid: Cátedra, 1998, p. 44).
 12. Lo *escribible* será el nuevo valor de lectura para Barthes, es decir, el carácter de aquellos textos que pueden ser *re-escritos*, *re-producidos*. El valor contrario, reactivo, será lo *legible*. Todo texto clásico es legible, en cuanto su plural es parsimonioso (tímidamente polisémico).
 13. Consérvense las connotaciones novelescas, “literarias”, de esta palabra.
 14. Barthes, *S/Z*. O.C., p. 6.
 15. Barthes, “Teoría del Texto”, traducido y tomado de la Enciclopedia de la Pléyade, p. 13. (La versión original francesa apareció en 1973, en el tomo XV de la *Encyclopaedia Universalis*).
 16. Julia Kristeva, “Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela”. En Navarro, Desiderio (selecc. y trad.). *Intertextualité*. La Habana: UNEAC, Casa de las Américas, 1997, p. 3.
 17. La polifonía es la superposición de dos o más partes vocales instrumentales, cuyo desarrollo

- es a la vez horizontal (contrapunto) y vertical (armonía).
18. El contrapunto es la concordancia armoniosa de voces contrapuestas, cuyo modelo es la *fuga*, cultivada especialmente por Bach.
 19. Bajtín, Mijaíl. *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Fondo de cultura Económica, 1986, p. 46.
 20. Según Kristeva, el texto literario se presenta como un sistema de conexiones múltiples que se podría describir como una estructura de redes paragramáticas. "Denominamos red paragramática al *modelo tabular* (no lineal) de la elaboración de la imagen literaria, dicho de otro modo, el grafismo dinámico y espacial que designa la plurideterminación del sentido (diferente de las normas semánticas y gramaticales del lenguaje usual) en el lenguaje poético" (*Semiótica 1*. Madrid: Editorial Fundamentos, 1978, pp. 239-40).
 21. Kristeva, Julia. *Travesía de los signos*. Buenos Aires: La Aurora, 1985, p. 19.
 22. Kristeva, Julia. *Semiótica 2*. Madrid: Fundamentos, 1998, p. 95.
 23. Kristeva. *Semiótica 1, O.C.*, p. 9. "(...) la significancia es un régimen de sentido, ciertamente, pero no se cierra jamás sobre un significado, y donde el sujeto, cuando escucha, habla, escribe e incluso al nivel de su texto interior, va siempre de significante en significante, a través del sentido, sin cerrarlo jamás" (Barthes. *El grano de la voz*, 2ª edición. México: Siglo XXI, 1985, p. 217).
 24. El fenotexto es el fenómeno verbal tal como se presenta en la estructura del enunciado concreto. Por esto, el análisis estructural se limita a la instancia fenotextual, pues no se plantea ninguna pregunta por el sujeto de la enunciación. Por su parte, el genotexto plantea las operaciones propias de la constitución del sujeto de la enunciación; es el lugar de la estructuración del fenotexto. Es heterogéneo, verbal y pulsional a la vez.
- Cfr. "El engendramiento de la fórmula", en Kristeva, *Semiótica 2*. O.C.
25. El semanálisis es aquella actividad que estudia "en el *texto* la significancia y sus tipos, tendrá pues que atravesar el significante con el sujeto y el signo, así como la organización gramatical del discurso, para llegar a esa zona donde se reúnen los gérmenes de lo que *significará* en presencia de la lengua" (Kristeva, *Semiótica 1...*, pp. 9-10).
 26. Kristeva, *Semiótica 1...*, O.C., p. 148.
 27. "El término de *intertextualidad* designa esa transposición de uno (o de varios) sistema(s) de signos a otro; pero, puesto que ese término ha sido entendido a menudo en el sentido banal de 'crítica de las fuentes' de un texto, preferimos el de *transposición*, que tiene la ventaja de precisar que el paso de un sistema significante a otro exige una nueva articulación de lo tético —de la posicionalidad enunciativa y denotativa" (Citado en Navarro, Desiderio. *Intertextualité*, O.C. p. vii).

Bibliografía adicional

- Ducrot, Oswald y Tzvetan Todorov. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, 4ª edición. México: Siglo XXI, 1978.
- Pérez Yglesias, María. "El Grupo 'Tel Quel': una práctica textual revolucionaria". En *Káñina*. Vol. V, No. 2, jul-dic 1981.
- _____. "La semiología de la productividad y la teoría del texto en Julia Kristeva". En *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*. Vol. 7, N^{os} 1 y 2, mar-set 1981.
- Ricoeur, Paul. *Hermenéutica y estructuralismo*. Buenos Aires: Ediciones Megápolis, 1975.
- _____. *Historia y narrativa*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Tel Quel. *Teoría de conjunto*. Barcelona: Seix Barral, 1971.

Iván Villalobos Alpízar
Escuela de Filosofía, U.C.R.
villalpi@hotmail.com